

pasion, de la generosidad ó de la prevision del Senado, sino más bien del miedo á los peligros presentes; y aún de vez en cuando eran provocados por los clamores populares.

Pero así que la funesta victoria alcanzada sobre Perseo hubo desvanecido desmesuradamente al Senado romano, ya no se curó de los padecimientos de la muchedumbre. Desde este momento bastaron los esclavos para el cultivo de los vastos dominios de los ricos, y el patricio en sus venturosos solaces aplaudia á Caton, quien enseña que las mejores propiedades son las de los pastos, puesto que un vaquero esclavo es suficiente para cuidar un numeroso rebaño. Respecto del cultivador, á quien no le queda que hacer cosa alguna, irá á ofrecer á Roma sus inútiles brazos; sabe que allí se distribuyen de vez en cuando víveres, que los ricos hacen allí ostentacion de generosidad arrojando al pueblo parte de sus sobras; además espera ser enviado á alguna colonia, donde podrá hacerse á su vez tirano y decir al antiguo propietario: *Vé á morir de hambre á otra parte.* Por último, sino se le proporciona mejor ventaja venderá su voto á los candidatos, quienes reembolsarán el precio pagado en magistraturas lucrativas.

Pero seguro desde entonces el Senado de su poderío y embriagado con la humillacion de los reyes, no piensa ya en acariciar al pueblo; trascurre medio siglo sin que se funde una sola colonia. Hasta se priva al pueblo-rey del inmoral lucro del voto, tan luego como los censores amontonaban á todos los pobres en la tribu Esquilina, que votando despues de todas las demas, rara vez tendrán ocasion de emitir útilmente su sufragio. Ensanchando poco á poco el Senado el poder de la aristocracia, como acontece siempre despues de largas guerras, deja de reclamar para sus deliberaciones el asentimiento de las tribus, y vencido el último sucesor de Alejandro, decide á su antojo la paz ó la guerra.

Eran todavía de pertenencia del pueblo los juicios (144); pero para evitar los embarazos y acelerar las decisiones, se constituyen cuatro tribunales, compuestos de Senadores, que fallan sobre los asuntos criminales, y especialmente sobre las acusaciones de cábala, de exaccion y de peculado hechas contra los senadores. No

habrá pues peligro de esta manera de que la plebe venda sus juicios, ni que sean temibles para los nobles.

Se verá, pues, reducido al pueblo, salvo de los peligros de la guerra, á morir de hambre. ¿Más qué importa? La salvacion pública no sufre por esto. Millares de esclavos procedentes de países conquistados aumentarán con sus sudores los campos de los patricios; llenarán los palacios y ciudades para servir al lujo y á los servicios de su señor; despues cuando hayan servido suficientemente en estos empleos se les dará la libertad, y ocuparán como ciudadanos el vacio que dejó la antigua raza romana.

En la época á que hemos sido llevados por nuestro relato, se encontraba el foro inundado de libertos, y un dia en que sus vociferaciones interrumpian á Escipion Emiliano, éste exclamó con todo el orgullo de un noble:—*Silencio, hijos espureos de Italia! No me hareis temer libres de vuestros hierros á los que he tenido encadenados.* El mismo Ciceron insultaba aquella escoria, aquella plebe desnuda, y hambrienta. Pero aquellos hombres estaban en gran número desprovistos de bienes, ó teniendo muy pocos, no aspiraban á derechos sino á propiedades; y podian convertirse en un arma terrible en manos de un demagogo, levantándose para combatir la autoridad aristocrática.

Encóntrábase tambien invadida Roma por otra multitud que acudia de las provincias y de los municipios para sustraerse á vejaciones de los magistrados despóticos. Cada uno deseaba ser miembro de una nacion grande y temida, con la esperanza de llegar algun dia á los primeros puestos del Estado y de disponer de la suerte de los reinos. Sobre todo, los italianos eran los que creian tener derecho, despues que tantas conquistas se habian llevado á cabo por ellos. Obtenian unos el derecho de ciudadano, entregándose como esclavos á un romano, que despues les daba libertad; otros se hacian inscribir fraudulentamente en tiempo de la inspeccion de los censores. Pero como solo los latinos la pedian adquirir legalmente, la Italia afluia al Lacio, el Lacio á Roma, la que absorbía de esta manera toda la poblacion. Denuncian, en el año 177, los samnitas y pileños la emigracion de cuatrocientas familias de las suyas á la ciudad latina de Fregelas, lo que les coloca

## CAPITULO XXVII

Guerras de los esclavos.

Si aún existen espíritus entusiasmados para ensalzar la libertad y instituciones antiguas y renegar de la ley santa del progreso, le recordaremos la esclavitud, esa inmensa gangrena de la sociedad antigua, que se nos aparece bajo el manto sacerdotal de la India, en medio de la sábia opresion de los egipcios y entre las flores con que Grecia ha sembrado por todas partes su camino. Tambien Roma tenía esclavos en abundancia, de los cuales una parte de ellos eran adquiridos en la gerra; pero tambien los había que se vendian á sí mismos, por sus vicios; otros eran vendidos por sus acreedores, ó en virtud de la ley (*servi pœnæ*); otros tambien habian nacido en las casas (*vernæ*), ó recogidos cuando niños en las frecuentes exposiciones. Cuando sobre todo las conquistas de la república se extendieron á la Gran Grecia y á la Sicilia, condujeron en esclavitud á Roma personajes nobles é instruidos. Aumentóse el número por miles en las guerras con Cartago, Iliria y las Galias. Como consecuencia del mismo cálculo hecho por los modernos plantadores de América, se cuidaban poco de que naciesen en la casa; pasaban por ménos robustos y se consideraba como perdido el tiempo que era preciso dejar ociosos á la madre y al hijo.

A los ojos de la ley, el esclavo era una cosa, no una persona ó un hombre. Como tal era propiedad de otro; no se cuenta con él para nada y no tiene representacion en la vida civil. No puede deponer en justicia ni citar ante un tribunal; aún más, no hay medio de poderlo injuriar y sólo su amo tiene derecho de creerse insultado. No puede testar, su heredero natural es su amo, que se sustituye á él, si se le nombra en algun testamento. Ejercian los esclavos las artes y oficios, y ellos ó los libertos eran los que tenian las tiendas. Si ocurría alguna querrela entre ellos, la accion se dirigia contra su amo. Podia pertenecer la propiedad de un esclavo á una persona y el usufructo á otra. Su amo podia pegarles, crucificarlos, dejarlos morir de hambre y hacer padecer á su cuerpo toda clase de infamias. No habia entre ellos matrimonios legítimos y no les pertenecian sus hi-

en la imposibilidad de dar su contingente para el ejército. En el mismo año declaran por segunda vez los latinos que sus ciudades y campos quedaban desiertos por la continua emigracion de sus compatriotas á Roma. La ciudad reina superabundaba, pues, de habitantes; contábase, en tiempo del recenso de Cecilio Metelo, trescientos diez y siete mil ochocientos veintitres hombres en estado de llevar las armas; y solo cinco años despues, trescientos noventa mil setecientos treinta y seis. Desde 187, Roma habia arrojado de su seno doce mil familias latinas. En 172 una nueva expulsion hizo salir diez y seis mil personas.

Este movimiento sucesivo, obra maestra de la política romana, producía el efecto de la sangre, que desde las extremidades del cuerpo se dirige á las partes más nobles para alimentar la vida, pero así como su excesiva abundancia crusa la plétora y la muerte, aquellas desarregladas inmigraciones en lugar de regenerar la nacion le eran, por el contrario, dañosas. Con objeto de que los nuevamente llegados no prevaleciesen en las asambleas plebeyas, se instituyeron nuevas tribus mucho más numerosas que las primeras; pero éstas conservaban la superioridad en los comicios centuriatos, donde se votaba individualmente. El único medio de salvacion hubiera sido conferir la plenitud de derechos de ciudadanía á todos los pueblos de Italia; y la oposicion que hizo á este proyecto la nobleza romana por envidia contra las demas familias ilustres del país, hizo, en fin, decaer á Roma y devastó á Italia.

Habia recibido ésta todo lo que la pobreza habia hecho salir de Roma: estos miserables se habian repartido en las colonias y ocupado las mejores tierras. Pero hechas presa las colonias de los caballeros, que usurpaban ó compraban los dominios y colocaban esclavos en lugar de cultivadores libres, se debilitaban por sí mismas. Avaros de ganancia, estos rentistas, libertados ya del temor de los juicios, y entregados en Roma en manos de la nobleza, no conocieron ya freno, se dedicaron á vejar inexorablemente á los hombres libres y á oprimir á los esclavos, hasta el punto de impulsar á veces á éstos á peligrosas sublevaciones.

jos. Calculaba la ley con implacable precisión el valor de un esclavo, y las indemnizaciones que se debían pagar por su pérdida ó deterioro.

Se compraba á los esclavos en el mercado á donde se les conducía, unas veces por piratas y otras por especuladores que se los proporcionaban por los culpables medios que usaban nuestros negreros. Fué Delos el principal depósito de aquellos desgraciados; allí, bajo la protección del dios, se vendían diariamente por miles; la mayor parte eran de la Frigia y de la Capadocia. Los que habían sido cogidos á una nación independiente eran preferidos, en atención á que las costumbres de la libertad les hacían conservar una vivacidad que se apagaba en la servidumbre. Los esclavos originarios de España, se daban á un precio muy bajo porque acostumbraban á libertarse del cautiverio con la muerte. En Sicilia un escanciador costaba ménos que una copa. Vendíanse por el contrario muy caros los lascivos frigios y las graciosas milesias; podían costar hasta 2.800 francos, mientras que en la Galicia, en Africa ó en la Tracia, se adquiría una jóven por algunos puñados de sal y un poco de vino. Se ponía de manifiesto á los esclavos en el mercado dentro de una gran barraca (*catasta*), con muchas divisiones semejantes á otras tantas jaulas; estaban allí desnudos, atadas las manos y con un letero en la frente, en el cual estaban indicadas, de órden de los fediles, sus buenas y malas cualidades. Se distinguía á los procedentes de Asia en una señal que les hacían en los piés con creta blanca.

Se exponía la mercancía selecta en galerías interiores. A los esclavos extranjeros, de cuya docilidad no podía responderse, se les presentaba á la vista de los compradores atados de piés y manos.

Dirígese el comprador á aquel punto; anuncia que necesita un hombre para el molino ó para el lagar, de un secretario para su despacho, de una mujer para el lecho, de un guardador para la puerta, de un pedagogo para su hijo, y mira, toca, examina la fuerza y la inteligencia del individuo; está obligado el vendedor á declararle sus defectos y enfermedades, á decirle si es indócil, si tiene costumbre de escapar e y si es aficionado á la vagancia. Pos-

teriormente se estableció una tarifa segun la edad y el oficio: un médico se pagaba á sesenta sueldos de oro, un eunuco de ménos de diez años á treinta, y si pasaba de esa edad á cincuenta.

Por especulación enseñaban los ciudadanos más ilustres á miles de ellos diferentes cosas. Caton los compraba débiles é ignorantes, y los revendía cuando ya eran hábiles y robustos; Pomponio Atico hacia de ellos literatos. Al paso que los Estados-Unidos de América, conservando la esclavitud en medio de su libertad tan ponderada, prohíben que aprendan á leer los esclavos, porque conocen que semejante monstruosidad es precaria y contra naturaleza, hacíanles los antiguos hombres de letras, tan arraigada estaba y tan irremediable era entre ellos la servidumbre. En Roma lo hacían todo el esclavo y el liberto. No se veían los amigos más que en el foro y en los banquetes: eran las mujeres veneradas, no amadas; por el contrario, el esclavo era un ser instruido, fiel, inteligente; era mejor que un perro. Seguía á su amo á todas partes, le prestaba mil servicios que un liberto hubiera tenido á mengua. Le divertía con sus bufonadas, le componía discursos para que los pronunciara en el Senado, acabildaba testigos para ganar sus causas en el foro, y así preparaba la emancipación que apetecía. Una vez liberto, cuando había obtenido el gorro, la toga, el anillo, llegaba á ser aún más útil á su amo, cuyo nombre llevaba desde entonces, y quien le consideraba como enteramente consagrado á sus intereses y caprichos: era para él una ayuda en sus asuntos domésticos y los de sus clientes, un compañero de sus placeres y de sus peligros.

Hallábanse encargados los esclavos de todos los servicios de la casa; labradores, boyeros, pastores, cocineros, barberos, bañeros, sastres, zapateros; ellos lo eran todo. Habíalos que estaban á la puerta de la casa para anunciar la llegada de los extraños; otros debían pregonar en alta voz las horas; tocábales á otros moler el grano, y á fin de que no les acometiese la tentación de llevar á su hambrienta boca algun puñado de harina, se les ponía una ancha tabla alrededor del cuello. Se les veía arrastrarse á los piés de sus amos, enjugando en las alfombras de Oriente los innobles residuos de su in-

temperancia; habíalos que servían de músicos, de queridos, de bufones; para este oficio se formaban enanos, comprimiendo sus miembros desde la infancia con ajustadores de correas, y hasta se les tenía sujetos dentro de cajas, á fin de estorbar su desarrollo. Julia, hija de Augusto, tenía uno de dos piés de altura solamente, y una esclava de la misma estatura. También se tenía en grande estima á los hermafroditas, producidos en lo general artificialmente.

Una esclava robusta llevaba á su amo veinticinco céntimos al día; recibía al mes veinte litros de trigo, veinticinco de un vino hecho, segun la receta de Caton, con vinagre, agua dulce y agua de mar corrompida. Pero se estremece uno de horror á la sola idea del modo con que se les trataba. Acusado Pallas de complicidad con ciertos libertos, sentó que nunca se comunicaba con ellos sino por señas y por escrito. Antonio y Cleopatra experimentaban en ellos sus venenos. Pollion mandó que uno de ellos fuese echado á las murenas porque le había roto un vaso. Fué reprendido por Augusto, quien no por eso dejó de colgar de una antena de su navío á uno que le había comido una codorniz. Los romanos, que pasaban noches enteras á la mesa, hacían asistir á sus banquetes á aquellos miserables, en pié y sin probar bocado. ¡Desventurado del que hubiera tosido, estornudado, suspirado ó movido los labios! Algunos debían recrear á los convidados á la cena con atroces luchas, y los amos les aplaudían ó silbaban, y les despedían luego diciendo: *Vete de aquí, miserable, no salte tu sangre á mi túnica.*

Se les encerraba de noche en el *ergastulum*, calabozo donde se hallaban hacinados hombres y mujeres sobre la paja y hasta por tierra. Séneca nos muestra en los aposentos bandadas de mancebos que aguardaban la conclusión de los banquetes para hacer ultrajes á la naturaleza. Había legiones enteras de infortunados, tempranamente corrompidos, procedentes con especialidad del Asia y de Alejandría, que suministraba los más afamados por la desenvoltura de sus modales y por la vivacidad de su talento. Se les ataviaba con el mayor arte, segun su color y sus países, todos de fino talle, de fresca tez, donde asomaba apenas el primer bozo, cui-

dándose de no mezclar nunca los de cabello lacio y los de rizada cabellera. Algunos jamás viajaban sin cubrirse el rostro con un aceitoso unto á fin de que la piel delicada no fuese ofendida por el sol ó por el frío. Plinio y Quintiliano refieren los métodos infames con cuya ayuda se disimulaban los defectos de aquellos destinados á infames placeres, y las yerbas con que se retardaban los signos de la pubertad. Cuenta Dion, que las damas tenían cerca de sí esclavos desnudos; otras salían acompañadas de jóvenes descarados, y la severidad castigada de la lengua sacerdotal del Lacio, no era capaz de velar las fealdades con que Juvenal acusa á aquellas á quienes azota con el látigo de su sátira.

Cuando llegaban á viejos los esclavos, ó eran atacados de una enfermedad incurable, se les trasladaba á la isla de Esculapio en el Tiber, y se les dejaba morir allí sin ningun socorro. Pensó el emperador Claudio en remediar aquella crueldad extremada, declarando libre al esclavo abandonado de aquella manera. Entonces los amos les quitaron la vida, si bien el emperador mandó perseguir á éstos como delincuentes de homicidio.

No por esto se debe suponer de ningun modo que la condición de los esclavos mejoró entonces; con efecto, en tiempo de Augusto se decretó por el *Senatus consulto Silianiano*, que todos serían condenados á muerte si uno de ellos daba muerte á un ciudadano. Ahora bien, habiendo sido muerto Pedonio Secundo, prefecto de Roma, por uno de sus esclavos (61 de J. C.), á quien un amor de baja ralea había inspirado celos, se alzaron algunos murmullos porque se condenaba á muerte á cuatrocientos esclavos, sin duda inocentes; pero el juriconsulto Casio, muy experimentado en la ciencia de lo justo y de lo injusto, se levantó en el Senado y reprendió á aquellos innovadores:—Y qué, dijo ¿andaremos en busca de razones despues de haber fallado nuestros mayores, más sábios que nosotros? ¿Es posible que entre cuatrocientos esclavos, no haya tenido ninguno noticia del asesinato? Y sin embargo, ninguno de ellos lo ha denunciado ni determinado. Decís que perecerán inocentes, pero cuando llega á ser diezmando un ejército por falta de denuedo ¿no corren los valientes la misma suerte que

los cobardes? En todo grande ejemplar castigo hay algo de injusto; pero la iniquidad cometida respecto de algunos hombres, queda compensada con la utilidad que redunda á todos. Este razonamiento alcanzó que la ley fuera respetada, y aquellos infelices fueron conducidos al suplicio entre una doble hilera de soldados, y en medio de las vociferaciones del pueblo que maldecía la legalidad.

Revélanos otros horrores el edicto de Constantino: guiado este príncipe por nuevas luces, que le dieron osadía para hacer la guerra á lo pasado y para llegar en ayuda de la religión del porvenir, prohibió ahorcar á los esclavos, precipitarlos desde un lugar elevado, causarles la muerte haciendo circular venenos por sus venas, quemarlos á fuego lento, hacerlos morir de inanición, ó dejar que se pudriesen sus carnes despues de haber desgarrado sus cuerpos.

Aquella monomanía de suplicio no era interrumpida sino una vez al año, cuando en la orgía de las saturnales recuperaban los esclavos una libertad momentánea, como para hacerles todavía más dura la severidad habitual del régimen á que estaban sujetos.

La esclavitud de las mujeres las obligaba además á prostituirse, ora á amos brutales, ora á sus compañeros de miseria, ora á libertinos en los lupanares, manantial de ganancia como otro cualquiera para sus amos; y hasta el severo Caton habia fijado una tarifa por las caricias de sus esclavas. De jóvenes se las entregaba al deleite de los convidados inflamados por la embriaguez; ya viejas se insultaba su oprobio trazando obscenos versos en su seno marchito. No habia bastante con asperisimos trabajos y con aquella promiscuidad confusa, necesitaban además sufrir los caprichos de sus amas, hallarse en gran número de cerca de ellas desnudas hasta la cintura mientras se ocupaban de sus adornos, dirigiendo cada cual uno de los pormenores de su tocado. Aquellas damas tenian á la mano una acerada aguja con que pinchaban á las infelices en el brazo, en el seno por la más leve inadvertencia, ó cuando era insuficiente todo su ingenio para corregir los defectos de su naturaleza, para restituir el brillo de la juventud á una belleza marchita por los años ó por los excesos.

Para conocer y apreciar la sociedad antigua no basta considerar á los esclavos en sus personas y en las relaciones individuales con el amo; fuerza es además contemplarlos como la parte activa de la población de todos los países, declarada fuera de la ley civil y humana por las instituciones, las preocupaciones y la costumbre, é indispensable, sin embargo, á la subsistencia de todos. Concuerdan los escritores y los hombres de estado de cualesquiera naciones, en mirar el trabajo y la industria como cosa innoble y deshonorosa. Jenofonte dice que el hombre entregado á la labor no tiene tiempo de hacer nada para sí ni en favor de la república, y viene á ser un mal ciudadano, un mal defensor de la patria. Ciceron tiene por vergonzosa é indigna de un hombre libre toda profesion laboriosa; y por mucha concesion exceptúa las más elevadas, como la medicina y la arquitectura; ni aún tolera el comercio, sino en el caso de que reporte inmensos beneficios. Hasta la agricultura, aquel arte de los antiguos cónsules y dictadores de Roma, no salvaba de la deshonra á los obreros que se dedicaban á ella bajo la dependencia ajena.

Puede decirse, pues, que la clase activa se componia enteramente de esclavos. Varron clasifica los instrumentos de la agricultura en vocales, semivocales y mudos; es decir, los esclavos, las bestias y las cosas inanimadas. Aristóteles os dice, que el *buey hace las veces de esclavo para el pobre*; Caton, que *para cultivar cuarenta fanegas de tierra plantadas de olivos, se necesitan tres esclavos, tres bueyes y cuatro asnos*. Explotan los esclavos las minas, trabajan en los talleres, se les alquila para las construcciones, tienen los suyos los particulares, los templos, las ciudades, las corporaciones. Ejecutan las órdenes de los magistrados, limpian los acueductos, reparan los caminos, los edificios; reman en las escuadras; son empleados en pos de los ejércitos; siendo tanto más necesarios por ser ménos conocidos los socorros de la mecánica; se usa y se abusa de ellos como de cosas comunes y de valor escaso. Así, cuando admiramos ya el muelle de Adriano, ya el Coliseo ó la vía Appia, cede el puesto nuestro asombro á un sentimiento de lástima al pensar el sin número de hombres arrancados del seno de sus familias y de sus hogares, para

erigir aquellos monumentos del fausto romano.

Hé aquí el único aspecto bajo que obtienen los esclavos una mencion bien ligera de la historia, y en las obras de economía pública ó privada; y eso á consecuencia del poco caso que se hizo siempre del trabajo. Por lo demás, no ocupan en la sociedad ningun puesto, ni son partícipes de las alabanzas concedidas á la gloria, ni de la compasion otorgada á las miserias del resto de aquellos mortales.

Se puede calcular el número de los infortunados por la necesidad que habia de tener en las grandes casas un *nomenclador*, cuyo oficio consistia en saber sus nombres de memoria. Craso poseía quinientos albañiles, cuyo trabajo alquilaba; un abogado no iba jamás á los tribunales sin llevar en pos de sí un tropel de esclavos. Contábanse cuarenta mil de ellos en el campamento de Cesion para ochenta mil soldados. Iban tantos detrás de las legiones de César en las Galias, que un día se vieron en peligro por causa de ellos. Cayo tenia cinco mil esclavos, y aun cuando quisiéramos dudar del aserto de Ateneo reducido á que muchos romanos poseian diez, y hasta veinte mil esclavos, nos queda el testamento de Claudio Isidoro, en el cual se lamenta de que sus pérdidas numerosas durante las guerras civiles no le han dejado más que cuatro mil quinientos seis esclavos, cinco mil quinientos pares de bueyes, veinticinco mil cabezas de ganado menor, y 600.000.006 de sextercios.

Propúsose dar una vez á los esclavos un barrio aparte; pero se reconoció que sería peligroso darles á conocer de esta manera cuán numerosos eran en comparacion de la población libre. Una viuda africana de clase vulgar, cedió cuatrocientos de éstos á su hijo con una casa de campo, reservándose, no obstante, la mayor parte de su patrimonio.

Admitiendo que no pueda subsistir una sociedad sin industria, y que ésta no debe ser ejercida sino por esclavos, tenemos la razon por la cual la servidumbre era considerada como de derecho natural, como un dogma político en la opinion de los propietarios y de los filósofos que no comprendian una asociacion civil sin esta calamidad. Hay más, los mismos esclavos, cuando se sublevaron, no cuestionaron sobre el principio de su condicion, limitándose á pro-

testar contra los excesos cometidos con ellos por sus amos.

Si se atiende á que el celoso y exclusivo espíritu de las antiguas naciones, encontraba un enemigo en todo extranjero, en todo enemigo una presa, se verá claramente como esta llaga, incapaz de ser curada por ninguna mano mortal, llegó á envenenarse hasta este punto. Pero era preciso dar de tiempo en tiempo una satisfaccion á la humanidad, una protesta contra la iniquidad, y un principio de justificacion para con la Providencia.

Abundaba la Sicilia sobre todo en esclavos, á quienes se marcaba con un hierro candente: los propietarios, hombres ricos y orgullosos, compraban calabozos enteros, y sin proporcionarles más que un mezquino alimento, los acostumbraban á robar en los caminos, á atacar á los viajeros y á saquear las aldeas. Armados militarmente con mazas, lanzas y nudosos paños, cubiertos sus cuerpos con pieles de lobo y acompañados de fuertes alanos, vivian á la intemperie con el producto de sus latrocinios y amenazas. No osaban los pretores reprimirlos con mano fuerte, por respeto hácia sus señores, que siendo caballeros romanos y teniendo en sus manos los juicios, podría hacerles pagar caro el cumplimiento de su deber, citándoles para que rindiesen cuentas.

Haciase notar por sus riquezas y arrogancia, entre éstos opulentos propietarios, un tal Demofilo de Enna. Poseía vastos dominios, multitud de esclavos, y rivalizaba por su lujo y por su crueldad, con los italianos que vivian en Sicilia. Recorria el país acompañado de numerosos esclavos, de favoritos y de aduladores. No perdonaba ninguna injuria á aquellos de quienes era amo, aunque aconteciese esto con hombres nacidos en una condicion honrosa, pero que fueron vencidos como prisioneros de guerra. Marcábales el rostro con un agudo hierro, encadenaba y encerraba á otros en calabozos, ó les enviaba á cuidar los bueyes, tasándoles el pan de manera que sólo bastase para prolongar sus miserias. No pasaba día sin que alguno de ellos fuese apaleado, ya por el castigo ó ya para que sirviese de ejemplo; complaciéndose su Mujer Megalida con estos suplicios, impuestos á hombres y mujeres que se hallaban á su servicio.